

EL COMERCIO.

AÑO XL.

CADIZ, MIERCOLES 26 DE ABRIL DE 1882.

N. 13,867.

DISCURSO

DEL SR. CÁNOVAS DEL CASTILLO.

Insertamos la segunda parte del brillante discurso pronunciado en el Congreso por el ilustre jefe del partido liberal-conservador, la parte en que explicó la actitud de la minoría a cuya cabeza se halla, en la cuestión del tratado de comercio con Francia.

Omitimos la primera parte en que recordó los antecedentes de las cuestiones arancelarias respecto a nuestras relaciones comerciales con Francia y con Inglaterra y a la conducta que siguiera sobre estos asuntos el gobierno anterior.

También omitimos las rectificaciones, de las cuales dimos a conocer en nuestro número de ayer la más importante.

Dijo así el Sr. Cánovas:

«Ya que estoy de pie, y ya que la justa defensa de los actos de un Gobierno que tuvo el honor de presidir, actos que han sido aquí discutidos con inexactitud, me ha dado derecho a hacer esta defensa, ligera siempre pero más extensa de lo que yo hubiera deseado, no puedo menos, a título de alusión personal, de hacerme cargo de las indicaciones que acaba de hacer el Sr. Puigcerver, refiriéndose a cierta especie de diálogo, aunque de señas y monoslabos, que tuvimos de banco a banco esta tarde».

Con efecto, al preguntar el señor Puigcerver concretamente a la minoría si era ó no proteccionista, díjale, primero con la cabeza y después con un monoslabo, que sí; que éramos con efecto proteccionistas. ¿Se admiraba de esto por ventura el señor Puigcerver? Pues que, a pesar de ciertas veleidades de doctrina, harto ineficaces en muchos casos, que suelo advertir en esos bancos, no es el Gobierno actual en sus actos proteccionista? Pues que, el señor presidente de la comisión no dijo el otro día con su ordinaria lucidez que proteccionistas eran en estos momentos todas las naciones de Europa? ¿que no se venía a tratar de las cuestiones del libre cambio ni de la protección teóricamente, sino que aquí se venía a comparar las ventajas ó las desventajas de un pacto internacional; y que por lo demás, siempre que se pactaba, siempre que se trataba, se trataba bajo principios proteccionistas? Esto, poco más ó menos, si no recuerdo mal, dijo una de las veces que dirigió la palabra a la Cámara el Sr. Albacete; palabras con las cuales yo estoy de acuerdo. Pero lo que hay es que aquí, para mayor confusión de todo, ha habido en los bancos que tenemos enfrente dos principios distintos: de una parte se ha considerado el tratado del modo que el señor Albacete lo considera, como una cuestión de todo punto agena a la cuestión doctrinal de libre cambio ó de protección; como cuestión de examinar, de investigar, de calcular y saber al fin y al cabo cuál de las dos partes contratantes ha salido más aventajada; real y verdaderamente este es el único terreno propio y verdadero de la discusión del tratado.

Pero con esto y todo no nos hemos podido librar de que algunos de los oradores que han tomado parte en el debate, defendiendo la obra del Gobierno, hayan pretendido sacar partido del tratado para sus doctrinas libre-cambistas, y lo que es peor y más grave para nosotros, hayan querido impugnar nuestras observaciones a nombre de los principios libre-cambistas. Pues bien: sobre este punto, lo primero que tengo que observar es que nosotros en verdad colectivamente somos proteccionistas; pero que el Gobierno actual no ha dejado de serlo, que todo tratado, aun cuando lo puedan celebrar los libre-cambistas, por la sencilla razón de que buscan el lado práctico de las cosas y procuran aproximarse lentamente a su ideal, envuelven sumisión a los principios proteccionistas, a lo menos en el acto del tratado; que no es más un

tratado que un cambio de protección, y que desde el momento que se contrata sobre protecciones recíprocas, todo el mundo que toma parte en un contrato es, para aquel acto por lo menos, proteccionista, porque si no la libertad de comercio, la verdadera, la genuina libertad de comercio, tiene su fórmula clara, abierta, que es comerciar libremente, que es la libertad total sin cambio de protecciones mútuas.

Cuando yo he dicho, respondiendo a una interrogación directa que se nos hacía que el partido conservador era proteccionista, ¿he querido negar que podía haber personas que conformes en todo lo demás con el partido conservador difiriesen en la doctrina del libre-cambio? Pues que, ¿hay algún partido en España, ni lo ha habido nunca, que teniendo tales ó cuáles opiniones en la materia no haya encontrado diferencias de apreciación de esta naturaleza en su seno? Pues que, ¿el actual presidente del Consejo y otros hombres importantes no han hecho pública confesión de pertenecer desde antes de ocupar el banco del Gobierno a la escuela libre-cambista, y sin embargo ha habido personas que se han separado en cierto momento de ese Ministerio y que públicamente y durante toda su vida han hecho profesión de opuestas ideas?

Pero, en fin, aun cuando haya personas que estén conformes con un partido en todo menos en la cuestión económica, ó en cualquiera otra cuestión, todos los partidos, como las grandes personalidades políticas, deben tener su credo propio; y el credo del partido conservador es la protección a los productos nacionales, en lo cual está después de todo conforme, como he dicho, no ya solamente con aquellos Gobiernos como el de los Estados-Unidos, cuya prosperidad depende en este instante de la doctrina proteccionista, sino más ó menos con todos los Gobiernos de Europa y del mundo civilizado, ninguno de los cuales ha renunciado totalmente a la protección, ni Inglaterra misma, cualesquiera que sean los pretextos que se aleguen, así en la cuestión de las cervezas como en la de las carnes vivas de América, y en algunas otras cuestiones.

Puede ser propio de un partido por naturaleza conservador, prudente y reservado, inclinarse en todas las cuestiones a las doctrinas tradicionales, a las doctrinas antiguas, a las doctrinas de protección y de eficacia del Estado; lo que es extraño y singular es que se sostenga que se ha de ser libre cambista necesariamente so pena de no ser liberal. ¿Por ventura, los que eso dicen, no saben como yo que la última elección presidencial de los Estados-Unidos, la derrota inmensa del partido democrático, la victoria del partido republicano y lo que mantiene en el poder a este partido republicano se debieron a la corriente casi unánime de la opinión proteccionista? ¿Es que queréis ser mas liberales que los Estados-Unidos? Fácil es ser de esta manera muy liberales, señores diputados y señores ministros; pero en otras cosas mas difíciles se puede medir vuestro liberalismo: decir que sois mas liberales que los ciudadanos de los Estados-Unidos, es muy fácil, lo difícil es probarlo.

No; la doctrina del libre-cambio nada tiene que ver con lo que se ha llamado liberalismo, y lo que hoy se llama libre-cambio en el mundo culto es una cuestión local, es una cuestión especial, no una cuestión de sistema, no una cuestión de doctrina. El libre-cambio ó la protección depende de la situación en que cada país se encuentra, y entrego a vuestra meditación estas palabras del general Grant, dirigidas a los ingleses a propósito de la opinión casi unánime de los ciudadanos norteamericanos en favor de la protección:

«Tranquilizaos: dentro de 100 años seremos mas libre cambistas que vosotros.» En efecto, cuando tengamos producción suficiente; cuando ten-

gamos mercados propios; cuando tengamos una educación nacional mas perfecta; cuando hayamos constituido un capital nacional que nos permita luchar con el capital extranjero; cuando esto se haya realizado y hayamos vencido en la lucha del cambio a casi todas las naciones, entonces, después de 100 años, nosotros seremos tan libre-cambistas como los ingleses.

Después de todo, el sistema proteccionista acababa de presentar a vuestros ojos y a los ojos de todos los que vivimos en esta época un gran fenómeno en la industria. ¿Conoceis alguna nación atrasada que en el curso de la historia, en el curso de sus acontecimientos y de sus desgracias, haya dejado atrás el movimiento de la humanidad y por medio del libre-cambio se haya puesto a la altura de los Estados-Unidos? ¿Conoceis alguna que haya creado una industria en estas condiciones? No se verá jamás en la historia una nación pobre que llegue por medio del libre-cambio a la prosperidad. La victoria de la protección la tenemos a la vista en los Estados-Unidos; la victoria del libre-cambio no la vemos en ninguna parte.

Todo el mundo sabe como ha venido el libre-cambio en Inglaterra. En esa nación, donde tiene sus mayores partidarios, todo el mundo sabe que quizá no hubiera venido sino como vino, por medio de una cuestión de subsistencias, teniendo un capital inmenso; teniendo su educación hecha; teniendo los mercados abiertos; teniendo inmensos medios de superioridad sobre las demás naciones, medios que han hecho imposible toda lucha entre éstas e Inglaterra. Siendo, pues, esta una cuestión especial y local, el diputado que en este instante tiene la honra de dirigirme la palabra sería indudablemente libre-cambista en Inglaterra; en España no lo será jamás.

La economía política está sufriendo en estos últimos años una transformación que hace ya decir a algunos de los más insignes maestros que es preciso volverla a reconstruir desde sus cimientos. No es porque las más principales de sus leyes, matemáticamente observadas, sean inexactas, sino porque la economía política se ha mostrado de una manera incompleta dentro de la humanidad y de la historia, no enlazándose, no sometiéndose, que hasta someterse necesita, a los conceptos superiores de la ciencia, a los razonamientos más elevados del ser humano.

La economía política marcha hoy rápidamente a apropiarse y a fundir dentro de sí misma el concepto de la moral y el concepto del derecho, y yo os digo una cosa más, que no sé si os extrañará y os parecerá paradójica, aunque ya se haya dicho muchas veces; más para mi razón es clara y debo decirlo en el día de hoy. Enlazándose con el concepto del derecho y de la moral la economía política, tiene que aceptar el concepto de patria y someterse a él. La patria es una asociación de productores y de consumidores, con objeto de producir para ella, de consumir en estas condiciones dentro de ella para ayudarse en el consumo y en la producción, para crearse una vida propia, como se la crea una familia independiente de las otras familias, como se la crea un individuo independiente de otros individuos, con aquel egoísmo que en el individuo, y en ocasiones podrá no ser muy digno de alabanza, pero que es sublime en la nación, que es lo mismo que el amor a la patria.

Con estas ideas, con estas convicciones nacidas, no del acaso, expuestas mucho tiempo antes en lugares bien públicos, sostenidas en esa misma Barcelona cuando ciertamente estaba muy lejos de creer que podría encontrarme en situación como esta, sin querer adular entonces a aquel auditorio, como ni ahora ni nunca adulo a auditorio ninguno; con estas ideas nacidas al calor de mis meditaciones y de mis estudios, que podrán ser equivocadas, pero que nadie tiene

el derecho de decir que no sean sinceras, que no sean consecuencia de un convencimiento profundamente adquirido, sostengo la teoría que habeis oído, y sigo la línea de conducta que os he expuesto.

Somos, pues, proteccionistas en el sentido de querer ante todo tener nación, en el sentido de querer ante todo que los consumidores protejan a los productores y los productores a los consumidores; somos proteccionistas en el sentido de rehusar a la economía política lo que por tanto tiempo ha pretendido; esto es, convertir la historia y el estado de la sociedad humana en la lucha por la vida, como ha querido hasta aquí de una manera deliberada ó indeliberada la antigua teoría económica.

La libre concurrencia está modificándose; y se modificará más todavía por la moral y por el derecho, y el Estado interviene con justo título para impedir todo acto inmoral, aunque sea favorable a la producción, y el Estado interviene para impedir todo acto antijurídico, aunque pueda enriquecer a las naciones; para eso interviene todos los días, considerando que en la libre concurrencia lo que lucha no es sólo la materia, no son únicamente las máquinas, es la vida, y la vida con la razón y el sentimiento se la informan, no puede quedar expuesta a la materialidad de la lucha por la vida, como entre los seres que carecen de razón.

No deseo prolongar este debate, y he dicho lo que he dicho para justificar mi consecuencia y la consecuencia de mis dignos compañeros, pues que todos, con una excepción bien conocida, tenemos estas ideas, y las tenemos, como he dicho, de una manera estudiada, calculada. Defendemos esto, que es el resultado de nuestras meditaciones y de nuestras comunicaciones recíprocas, sin que esto quiera decir que tengan razón los que fuera de aquí nos acusan de querer añadir perturbación y alarma a las alarmas y perturbaciones ya bien grandes que agitan el país. Por el contrario, queremos enviar el consuelo, el alivio a las grandes e industriosas provincias catalanas de que no es verdad, de que no es exacto, como falsamente se ha supuesto contra nosotros, que haya aquí cuestión alguna de provincialismo, ni de castellanos, ni de catalanes.

No; mi ejemplo y el ejemplo de todos mis compañeros, y en esto ayudo a la causa del Gobierno, a la causa del orden moral, demuestran que puede haber diferencia de opiniones, diferencia de sistemas, pero que nosotros sin ser catalanes combatimos, hemos combatido y combatiremos a su lado como españoles; que son tan dignos como nosotros y de los más dignos por cierto.»

HERIR POR LOS MISMOS FILOS.

El Posibilista, de Sevilla, publica un artículo con el mismo epígrafe que ponemos a estas líneas, comentando los hechos escandalosos denunciados por *El Progreso* gaditano, sobre lo ocurrido en Vejer y en Conil, en la elección de un diputado provincial por el distrito de Chiclana.

Creo, sin embargo, *El Posibilista*, que *El Progreso* no tiene autoridad para hablar de semejante cuestión.

«Los que necesitaron, dice, un delegado carlista, de inverosímil tupé, para hacer las celeberrimas elecciones provinciales de Bornos; los que patrocinaron los atropellos, las ilegalidades, los inauditos y torpes escándalos presenciados con asombro de aquella población hace pocos meses, para combatir a nuestro amigo el señor Poley, que tenía a su favor la opinión de la casi totalidad de los electores, deberían, al menos por pudor, dejar a otras publicaciones más acreditadas en punto a sinceridad electoral la defensa de la justicia y del derecho. En su boca produce la impresión de lo cómico.»

¿Dónde tenía entonces *El Progreso* esos principios que pretende ahora librar del naufragio?

Graves son los hechos que determinadamente denuncia; pero habrá de confesar el estimado colega que al lado de lo que sus amigos realizaron en Bornos, son cosa baladí é insignificante.»

Todo esto nos parece bien; pero no es en Bornos donde empezaron los desafueros electorales de los hombres de *El Progreso*.

Empezaron mucho antes: empezaron por combatir a sangre y fuego las candidaturas del partido liberal-conservador, y entonces *El Posibilista* y sus amigos callaban y hasta utilizaban aquellos escándalos inauditos para abrirse paso y hacerse representar en las corporaciones populares.

¿No le parece al periódico sevillano que aquí, ministeriales y benévolo, todos carecen de autoridad para quejarse de lo que pasa en materia de elecciones?

Unos y otros se frotan las manos de gusto cuando los abusos les favorecen, y no se cuidan de condenarlos sino cuando se sienten lastimados.

Es la libertad de la época: entendida siempre al revés.

REVISTA VALENCIANA.

Sr. Director de EL COMERCIO.

Valencia 22 de Abril.

Nubes importunas aguaron y deslucieron las fiestas religiosas de Semana Santa; no pudieron ostentar sus galas las elegantes devotas en la visita de los sagrarios, ni vestir sus luengas túnicas y altas caperuzas sus vestas en la procesion funebre del Viernes; pero el día de Pascua rasgóse el velo del firmamento, y brilló el sol primaveral, para alumbrar en los campos floridos los bulliciosos grupos que alegremente comen la mona tradicional. Hemos tenido después las populares fiestas de San Vicente, que no pierden su carácter ni su esplendor. La interesante costumbre de representar al aire libre, en bonitos altares, los milagros del Apóstol valenciano, no lleva camino de perderse. Recuerdo que en mi juventud solo había tres de estos altares, a cargo de una cofradía de devotos cada uno de ellos; ahora hay ya seis, y en todos ellos se celebra la fiesta solemnemente, con funciones de iglesia, procesiones, músicas, tracas ruidosas, y brillantes fuegos de artificio, entretienen un par de días a este pueblo festivo é impresionable.

La zarzuela reina en nuestros teatros: la compañía que actuaba en el de la Princesa ha pasado al de Apolo, y anuncia para esta noche *La Tempestad*. Para ponerla en escena han venido sus autores, el joven compositor Chapi, que es paisano nuestro, puesto que nació en la provincia de Alicante, y el poeta Ramos Carrion. Con ellos han venido el insigne maestro Arrieta, de quien es Chapi discípulo predilecto, y el famoso empresario Arderius.

En el teatro Principal ha debutado, con la *Rosa de mar*, otra troupe zarzuelasca, dirigida por el maestro Cereceda, y cuyas principales partes son las tiples Cecilia Delgado y Concha Castelló, el baritono Jaime Ripoll, y el tenor Abelardo Barreda.

Estas son las novedades teatrales, por ahora: veremos si Sarah Bernhardt acepta las proposiciones que se le han hecho para que dé cuatro funciones en el teatro Principal. Se le ofrecen por ellas cuatro mil duros.

Pasemos ahora a asuntos más serios.

Merece el primer lugar el tratado de comercio con Francia. ¿Favorece ó perjudica a la producción valenciana? Esto es lo que se preguntan muchos, y pocos saben contestar. Aquí la opinión general es más favo-

